



Queridos amigos:

Ya terminando el curso me gustaría hablaros de la valentía.

Se trata de aquella cualidad que nos define delante de los demás cuando nos atrevemos a afrontar un reto difícil. Habitualmente hemos dejado que esta cualidad quede reducida a los héroes de las películas o de las novelas con los que nos gusta identificarnos, pero de lejos. Otro lugar donde esta cualidad se expresa es en los retos que nos lanzamos: ¿A que no te atreves a...?, que casi siempre tienen que ver con romper las reglas establecidas y que supondría estar por encima de los “cobardicas” dominados por la disciplina o la prisión de las normas.

Sin embargo, creo que con respecto al valor, la lucha más difícil se establece no frente a los demás (los malos a los que hay que vencer en los relatos de ficción), ni contra las leyes de la ‘buena conducta’ (que estarían ya caducas). Yo creo que la verdadera valentía, la que habitualmente no tenemos, la que más necesitamos, es la que se encuentra en aquellos que se atreven a ser buenos en la vida cotidiana. De inicio quizá puede parecer algo pasado de moda, blandengue, de reprimidos, pero de hecho metidos en los enredos de la vida casi nadie se atreve a ello, aunque nos justifiquemos de mil maneras.

Pongamos algunos ejemplos. Creo que hay que tener mucho valor para decir que no lo sabemos todo y reconocer que necesitamos a los demás, mucho más que para sacar pecho contradiciendo a todos como si lo supiéramos todo o lo pudiéramos todo. Para esto no hay que tener valor aunque nos lo parezca, se trata simplemente de afán de protagonismo, del miedo invisible a ser menos, o de un temor inconsciente a un mundo que nos sobrepasa y que no queremos afrontar. Dicho de otra manera, hay que ser más valiente para ser humilde que para ser un listillo, aunque los demás crean lo contrario cuando nos ven discutir o llevar la contraria a quien sea, aunque tengan una larga vida de experiencia o de estudio. De igual manera, hay que ser más valiente para reconocer los errores delante de los demás que para desprestigiar a los que nos los hacen ver enfrentándonos a ellos como gallitos.

Creo, valgan estos otros ejemplos, que hay que tener mucho más valor para dedicar tiempo a los demás, porque realmente nos cuesta cuando son aburridos, torpes o están enfermos o tienen alguna deficiencia... que para dejarse llevar en la vida por lo que nos acaricia los sentidos o lo que nos envuelve en halagos. Hay que ser más valientes para defender a alguien que está siendo denigrado injustamente, sea de una manera u otra, que para sumarse al coro de los voceras que lo hacen. Hay que ser más valientes para confiar e incluso perdonar, que para sospechar o para vengarse. Hay que tener más valor para decir no a algunos excesos delante de nuestros amigos que para cogerse una borrachera o hacer estupideces ‘simpáticas’, porque para esto simplemente hay que dejarse llevar y además nos ‘hace quedar bien’ ante ellos (o eso pensamos sin apenas darnos cuenta). Podrían ponerse tantos ejemplos adaptados a cada edad, a cada situación... que seguramente ninguno saldríamos indemne.

En fin, hay que ser más valientes para hacer lo que sabemos que está bien y es bueno, aunque sea difícil, que para dejarse llevar por la corriente de las justificaciones con las que evitamos enfrentarnos a las complicaciones, a las contradicciones y a los retos de la vida con verdad y bondad.

El otro día me decía una chica en clase: ‘es que para eso hay que tener mucha fuerza moral’. Es verdad, para esto hay que ser valientes, y ¿quién puede presumir y juzgar a los demás si todos somos un poco (o un mucho) cobarditas? Pero ¿por qué aceptar que no hay más remedio que ser unos cobardes porque la vida es muy dura? ¿Por qué aceptar que tenemos que ser unos cobardes disfrazados de valor en tonterías y no aceptar humildemente que deseamos en nuestro interior hacer las cosas bien pero que al fracasar buscamos justificarnos? Y ¿por qué no buscar entonces esa fuerza que necesitamos? ¿Por qué no buscarla de verdad?

Yo creo, como podéis deducir de lo dicho, que habitualmente somos demasiado valientes en lo que no hace falta y poco en lo que es verdaderamente importante, y que necesitamos compañía y aliento para dar lo mejor de nosotros frente a los retos que nos lanza la vida. En este camino Cristo, que supo enfrenarse a la cara más violenta del mal para defender la verdad y la bondad en el mundo, nos enseña el camino de la verdadera valentía. El valiente es el que resiste a las fuerzas del mal confiando que es el bien el que ganará la batalla. El cobarde es el que, cuando ve que esta batalla parece perdida, se cambia de bando para que le vaya mejor. En la vida hay que ser muy valiente para apuntarse en el ejército de la verdad y la bondad cuando la mentira y la maldad parecen dominar el mundo y ser las únicas que dan entradas para el espectáculo de la vida. ¡Tantas veces nos cambiamos de bando por pura cobardía (que es el otro nombre del puro interés)!

Cristo resucitado nos busca para responder a los anhelos que llevamos todos en el corazón aunque no nos atrevamos a vivirlos del todo (la honestidad, la generosidad, el perdón, la amistad...). Esa vergüenza que sentimos todos en nuestro corazón cuando no estamos a la altura de ese interior, y que siempre escondemos, la conoce Cristo. Sin embargo, sin perder la confianza en nosotros, busca unirse a nuestra vida para ayudarnos a retomar la batalla contra la presencia del mal en nuestro interior, para que tengamos la valentía de ser objetores de conciencia en este mundo que nos seduce con cantos de sirena. Si él confía en nosotros, ¿por qué habríamos de tirar la toalla? Lo contrario es pasarse a las filas de nuestro enemigo, que lo es aunque se presente con voz de colega.

Recibid, como siempre, mi saludo y mi oración.

Paco.